

CARDENAL SANCHA

Pastor y Primado en el Amor

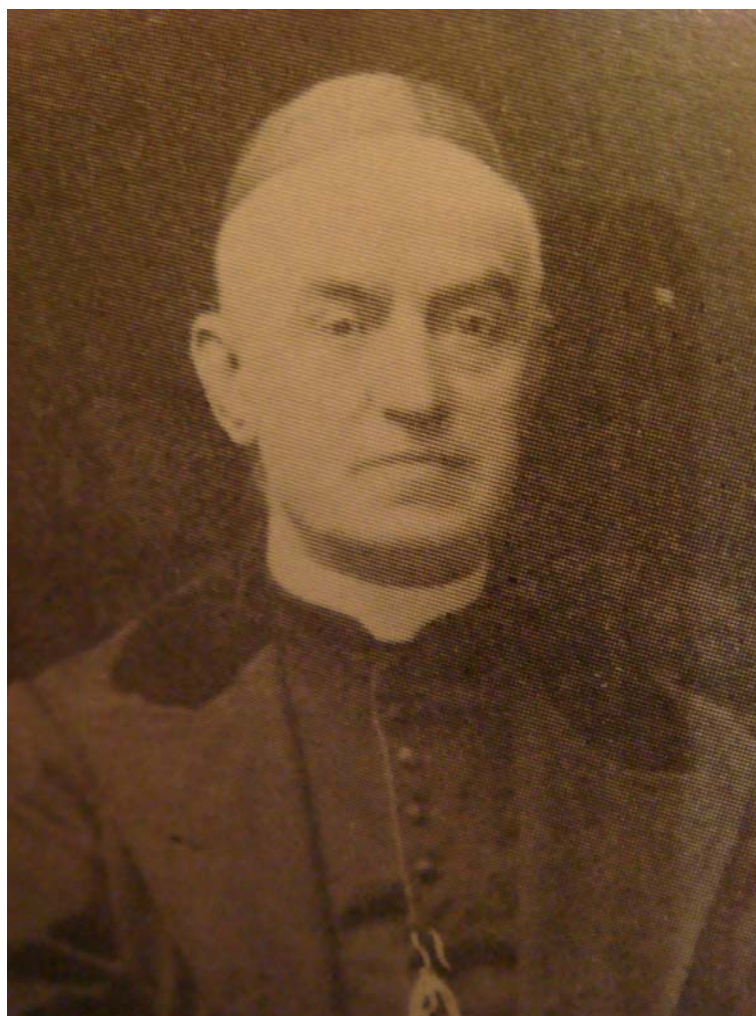
CARLOS MIGUEL GARCÍA NIETO

Nos disponemos a celebrar el centenario de la muerte del cardenal Sancha, la cual tuvo lugar en Toledo el 25 de febrero de 1909. Su vida está cuajada de importantes acontecimientos y bendiciones; pero, sobre todo, de una inquebrantable fidelidad al Evangelio, que cautivó a sus contemporáneos y a cuantos se han ido acercando a su vida. Una existencia caracterizada por su sencillez y amor a los pobres, así como por su apasionada adhesión a la Sede Apostólica.

Brevemente trataré de exponer la biografía de un hombre abierto a la vida del Espíritu, sensible a toda forma de vida consagrada y fundador de tres familias religiosas; del obispo que organizó el movimiento católico contemporáneo en España desde sus inicios; del pastor que condujo a la Iglesia española en circunstancias muy difíciles y supo salvarla de derivas cismáticas. El cardenal que en Toledo restituyó el prestigio al Primado desde la sencillez y el servicio incansable a la Iglesia. Un hombre que, si la Iglesia así lo confirma, lo veremos muy pronto en los altares como modelo de pastor y fidelidad a Cristo.

Familia de labradores

Ciriaco Sancha y Hervás nació en Quintana del Pidio (Burgos) el 18 de junio de 1833 en el seno de una modesta familia de labradores. Su infancia y primera juventud discurren en las faenas propias del campo castellano, entre viñedos y rebaños que esquilan. Un momento especial de sufrimiento lo produciría la prematura muerte de su madre, cuando Ciriaco contaba con diez años. A los trece perdería a su hermana mayor, su segunda madre. Con diecinueve de edad ingresaba en el Seminario de su diócesis, Osma, para comenzar la carrera breve de estudios eclesiásticos. Pero sus cualidades y virtud aconsejaron



becarle para cursar la carrera eclesiástica completa. En 1858 era ordenado sacerdote en Burgo de Osma. Durante los primeros años de su sacerdocio pudo compatibilizar la docencia en el Seminario con la ampliación de estudios teológicos, que culminó brillantemente en Salamanca en 1861.

Sacerdote en Cuba

En 1862 el arzobispo de Santiago de Cuba, don Primo Calvo Lope, le proponía acompañarle a las Antillas y le nombraba Secretario de Cámara y Gobierno de su Arzobispado. Allí desarrolló una fecunda labor apostólica, orientada en gran

medida al servicio y alivio de los damnificados por la primera guerra de independencia cubana; a tal fin fundaría en 1869 las Hermanas de los pobres inválidos y niños pobres, en la actualidad Hermanas de la Caridad del Cardenal Sancha. La muerte repentina de don Primo Calvo dos años antes, en 1867, dejaba vacante aquella sede. Don Ciriaco recibía el nombramiento de Medio Racionero de la catedral de Santiago de Cuba, y poco tiempo después ganaba la oposición a canónigo penitenciario.

La revolución de 1868, y la posterior proclamación de la República, abría un triste capítulo de anticlericalismo en España. Un grave incidente se produjo cuando el gobierno eligió a Pedro Llorente Miguel para ocupar la vacante sede de Santiago de Cuba; candidato de dudosa conducta, no llegó a recibir de Roma la bula de nombramiento para ocupar la sede arzobispal cubana. Se abría un cisma en aquella archidiócesis (1-agosto-1873), que provocó el ingreso en prisión de don Ciriaco y don José María Orberá y Carrión —encargado del Vicariato Eclesiástico— por permanecer fieles a la Santa Sede. Esta fidelidad, troquelada a lo largo de un año de encarcelamientos, se vio reconocida en ambos clérigos con la dignidad episcopal en los primeros compases de la Restauración. ●●●

El 25 de febrero se celebra el centenario de su merte en la ciudad de Toledo.

●●● El 13 de marzo de 1876 recibía la consagración episcopal de manos del Primado, don Juan Ignacio Moreno Maisonaive, como obispo auxiliar de Toledo. Añadía a su primer nombre el de María, por su devoción a la Madre de Dios. Ejerció su ministerio sobre todo en Madrid, donde estuvo encargado de la vida consagrada, promoviendo además la organización de la asociación de la Propagación de la Fe –primera en fundarse en España–. Asimismo preparó el camino para que Madrid fuera erigida como diócesis; en su ministerio se impulsó la construcción de un templo en honor de Santa María de la Almudena. Aparte de su pastoreo en la Villa y Corte, realizó la visita pastoral por la amplísima archidiócesis que constituía entonces Toledo.

Obispo de Ávila

Nombrado seis años después obispo de Ávila, tomó posesión de esta sede el 29 de junio de 1882. Allí volvió a hacer gala de una incansable actividad asociada a una profunda vida interior. Fruto de lo cual fue la visita pastoral por toda la diócesis. Se dedicó con todo entusiasmo a impulsar el espíritu sacerdotal de su clero y elevar el nivel moral, intelectual y espiritual del Seminario, creando una sección de seminaristas pobres. Asimismo fundó la primera Trapa femenina de España en Tiñosillos, dotándole de unas constituciones propias, adaptadas a la realidad española.

En Ávila no fue ajeno al desarrollo de los acontecimientos sociales y políticos nacionales, en los que luchó por la independencia de la Iglesia frente a las ingerencias del poder civil. Durante estos años se produjo un hecho que vino a zandar los tranquilos avatares de don Ciriaco María en la diócesis abulense: Miguel Morayta –catedrático de Historia y reconocido masón– con motivo de la

apertura de curso en la Universidad Central de Madrid (1884), pronunciaba una polémica lección inaugural que propició una carta pastoral de don Ciriaco María; carta que fue secundada por varios obispos en sus respectivas diócesis y que provocaría diversos incidentes universitarios en la capital.

Ya desde su estancia en Ávila, Sancha manifestó su preocupación por uno de los problemas centrales que angustiaban a la Iglesia española de su tiempo: la maltrecha unidad de los católicos. Precisamente en Ávila concibió el proyecto de organizar Congresos católicos nacionales.

Obispo de Madrid-Alcalá

Promovido en octubre de 1884 para ser el primer obispo de Madrid-Alcalá, la Santa Sede contemplaba en él no sólo su fuerte adhesión al Santo Padre, sino también su agudeza de mente y la constancia en llevar a cabo sus proyectos... Cualidades todas ellas muy importantes para levantar una diócesis naciente y con problemas difíciles de resolver.

Pero la oposición enconada de un ministro –agraviado por la libertad de espíritu con que don Ciriaco María denunció el discurso de Morayta en la Universidad Central– aconsejó a la



Boda del Rey Alfonso XIII.



Maqueta de la Catedral de la Almudena, impulsada por Sancha.

Santa Sede poner su mirada en otro candidato. Sin embargo, el asesinato de don Narciso Martínez Izquierdo, primer obispo de Madrid-Alcalá, obligó a un cambio de planes: don Ciriaco María aceptaba en circunstancias sumamente difíciles esta sede recién creada renunciando a la apetecible de Santiago, sede que conllevaría un seguro título cardenalicio.

El 8 de septiembre haría su entrada solemne en la capital. Lo primero que ocupó su empeño fue la reforma de un clero de aluvión que, en algunos de sus efectivos, presentaba graves carencias e irregularidades, procedente de toda España, en la Corte se sentía libre del control de sus obispos de origen.

Los actos conmemorativos para festejar el jubileo sacerdotal de León XIII, empezaron a dar las primeras pruebas de un talento organizador que le seguiría a lo largo de todo su ministerio episcopal. Sensible a la preocupación eclesial y social del Papa, se situó en primera línea entre los obispos por su visión de la realidad española. En la primavera de

1889 organizaba el primer Congreso católico nacional, el de Madrid; primero de una serie de seis que se celebrarían en distintas capitales españolas con el fin de propiciar la unidad de los católicos y su organización para hacer frente a los retos del momento; si esa unidad era prácticamente imposible en lo político, al menos habría que intentarlo en el terreno social, educativo, propagandístico, etc.

Al hilo de los Congresos católicos se instituyó la Junta Central de acción católica, en la que colaborarían con él las personalidades más relevantes del catolicismo finisecular. La publicación de la encíclica *Rerum Novarum* le hizo intensificar la divulgación de la doctrina social de la Iglesia.

Otras realizaciones en la capital del Reino fueron el impulso dado para la creación del Seminario Conciliar, fomentando el acceso de los pobres a la carrera eclesiástica; la prosecución de las obras de la catedral de la Almudena; la implantación de nuevos institutos religiosos, así como asociaciones



de laicos para la propagación de la fe y la caridad. El número de parroquias que se encontró a su llegada a la capital fue de veinte; treinta dejó a su salida de la misma.

Arzobispo de Valencia

El 17 de noviembre de 1892 hacía su entrada en Valencia. Se encontró con una realidad muy compleja y convulsa por su desarrollo industrial y la presión que el republicanismo anti-clerical ejercía sobre los obreros. En 1893 organizó el primer Congreso eucarístico nacional. Su inquietud social le llevó a fundar el Consejo Nacional de las Corporaciones Católico-Obreras, del que sería presidente; y en calidad de tal organizó la primera Asamblea Nacional de los Círculos, dando un serio impulso a patronatos y otras asociaciones obreras católicas.

En este contexto se inscribe la peregrinación nacional obrera a Roma que organizó con motivo del jubileo episcopal de León XIII, y que congregó a 18.000 obreros de toda España en abril de 1894. Peregrinación que supone un hito importantísimo para una mayor aceptación, por parte de los católicos españoles, del poder constituido y de la monarquía alfonsina, hacia la cual León XIII mostró repetidos gestos de cordialidad buscando una necesaria estabilidad social, tan necesaria

en España. En el consistorio del 18 de mayo de ese mismo año don Ciriaco María era creado cardenal, con el título de San Pedro in Montorio.

La conversión del Seminario Central en Universidad Pontificia se cuenta entre sus logros, siempre buscando la mejor formación de las vocaciones al sacerdocio y la promoción moral y espiritual del clero. Dicha promoción resultaba extremadamente difícil debido, entre otras razones, al estado de indignancia en que se encontraban los sacerdotes, sin medios para su propia subsistencia.

A fin de hacer frente a esta situación, fundó el Montepío del Clero Valentino, institución que confraternizó a los sacerdotes en un común esfuerzo por su supervivencia y realce moral, intelectual y espiritual. Trabajó denodadamente para liberar al clero de compromisos políticos, consciente de que en ello se jugaba la dignidad del estado sacerdotal y la penetración que el Evangelio estaba llamado a efectuar en la sociedad. Además, ejerció una notable influencia en los intelectuales valencianos por medio de tertulias mensuales que convocaba en el palacio arzobispal y la revista científica que se publicaba periódicamente.

Arzobispo de Toledo

El 24 de marzo de 1898 era nombrado Arzobispo de Toledo, Primado de España y Patriarca de las Indias Occidentales, haciendo su entrada solemne el 5 de junio. Tomaba posesión de la archidiócesis primada justo en el año del «desastre», y con el encargo de la Santa Sede de liderar la unidad de los católicos y del episcopado. La desorientación en la que estaba inmersa la Iglesia española era muy grande. No sólo la sociedad atravesaba por una profunda crisis de identidad; la propia Iglesia estaba afectada por tensiones centrífugas que ame- ●●●

Un prelado modelo

Rastreando por la documentación, se pueden atisbar algunos rasgos de la personalidad del cardenal, entre los que destacan una fina inteligencia, una proverbial modestia y una gran constancia para llevar adelante los proyectos más dispares.

Sirva como testimonio la respuesta personal y reservada que el nuncio de Su Santidad remitía al cardenal Secretario de Estado, Mariano Rampolla, informándole sobre la persona más idónea que a su juicio podría ser elevada a la púrpura en el supuesto de que el papa se dispusiera a crear un cardenal español. Según su parecer, entre todos los prelados españoles, el más dig-

no de la sagrada púrpura era don Ciriaco María Sancha y Hervás. Después de una afirmación tan rotunda –muy difícil encontrarla en un diplomático– el nuncio justificaba sus palabras en la mucha instrucción y variada cultura de don Ciriaco María; su espíritu apostólico y celo incansable; su admirable devoción y amor a la Santa Sede; su dulzura, modestia y sencillez de trato; su facilidad de palabra; su caridad admirable por la que se hacía todo a todos; las dotes de gobierno que lo adornaban; el ardor con el que emprendía las empresas más arduas y sabía conducir las a término... Todo ello hacían de él un prelado modelo.

●●● nazaban con derivas cismáticas. A ello tuvo que hacer frente el Primado, exhibiendo una vez más su inquebrantable fidelidad a la Sede de Pedro.

Se encontró con un Seminario en estado de postración, por lo que al mes de su ingreso en la diócesis encomendó la formación de los seminaristas a don Manuel Domingo y Sol y su Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos; cosecharían grandes éxitos en la promoción de este centro tan vital para la diócesis.

El Seminario formó parte de sus desvelos más continuados y consiguió imprimir un nuevo estilo de sacerdote: de profunda y recia espiritualidad, de una sólida formación intelectual y humana, enmarcadas en un estilo sencillo y de gran amor a la Iglesia. No ahorró esfuerzos en enviar sacerdotes y seminaristas al extranjero para formarse en las mejores universidades eclesásticas del momento. Buscaba el crecimiento humano y espiritual de los sacerdotes, a los que ofreció esa institución que tan buenos resultados diera en Valencia: el Montepío del clero, esta vez toledano. Reinstaló las conferencias morales —precedente de la formación permanente del clero— así como la práctica de los ejercicios espirituales.

La realidad social, política y eclesial que se encontró en la ciudad del Tajo era de enorme decadencia. Trabajó con celo incansable por la promoción social y espiritual de su gente. A tal fin colaboró decisivamente en la fundación y desarrollo de las Damas Catequistas, que desplegaron una gran actividad evangelizadora en la capital y distintos pueblos de la diócesis, en el mundo obrero y carcelario, cosechando grandes frutos de conversión. La reinstalación de los jesuitas en Toledo sirvió para dar un nuevo vigor a todas estas obras. Igualmente inspiró el sindicalismo de inspiración católica, con círculos católicos en distintas poblaciones, escuelas especializadas para obreros, academia de música... También promovió la fundación de periódicos católicos que, fie-



Multitudinario entierro del Cardenal Sancha, en Toledo.

Hacia la Casa del Padre

Una fría mañana de febrero, en la que Toledo amaneció nevado, don Ciriaco María dispuso que el carromato del Arzobispado se llenara de víveres y ropa para socorrer a los menesterosos de los arrabales. Cuando regresó a casa, su debilitada salud se vio gravemente resentida por un severo enfriamiento. A pesar de la fiebre, al día siguiente acudió al Cerro de Gracia para dar una plática a sus Damas Catequistas. Fue su última visita a aquella casa tan querida para él; fue la última vez que los toledanos le vieron por sus calles atendiendo a todos.

A los pocos días, el 25 de febrero de 1909 fallecía en Toledo el cardenal Sancha, conocido por todos como «el padre de los pobres»: «El Emmo. Sr. Sancha, que se distinguió también por su amor a los pobres, ha muerto pobre y ésta es su mejor corona de gloria», sentenciaba la revista «La Cruz». «Vivió pobre, murió paupérrimo», reza el epitafio de su lápida sepulcral. Fueron precisamente los pobres de la Ciudad Imperial quienes contribuyeron a sufragar el coste de dicha lápida como gratitud a su caridad singular.

No sólo Toledo; toda España quedaba huérfana. Al día siguiente

de su muerte, el Senado de la nación expresaba su más sentido pésame. El ministro de Gracia y Justicia, marqués de Figueroa, manifestaba la condolencia del Gobierno y destacaba, entre otras muchas cualidades, «un corazón todo afecto y caridad; ésa era la mayor fuerza de su espíritu».

Esta opción comprometida hacia los más necesitados se extendió por cuantos lugares tuvo oportunidad de ejercer su ministerio. Su avanzada visión social para aquellos tiempos iba a la par con una coherencia de vida que le hacía estar presente allá donde la miseria mostraba su cara más amarga.

Una gracia para la Iglesia española

Representa una gracia muy grande para la Iglesia española que el hombre que supo conducirla en la difícil encrucijada del XIX al XX, el padre del movimiento católico contemporáneo, el pastor que desde la humildad, el amor y la comunión con el Santo Padre libró a esta Iglesia de derivas cismáticas, pueda ser invocado muy pronto por todos como modelo y eficaz intercesor.

les a las orientaciones del papa y de los obispos, sirvieran para crear un clima de conciliación en una España revuelta por un sinfín de turbulencias ideológicas.

Tras muchos fracasos y decepciones, originadas por la división del episcopado y de los católicos, en 1903 León XIII le encomendaba liderar el proyecto de las Ligas Católicas, que tenía como objetivo la unión de los católicos siguiendo la línea que marcaran los Congresos católicos. Se trataba de juntas que, en distintas diócesis, se configuraban como órganos que debían encauzar la acción de los católicos en la vida pública, unificándolos en proyectos comunes pero respetando su distinta procedencia ideológica. No se pretendía formar un partido político, si bien podrían remontarse a ellas las raíces de la democracia cristiana española. Fruto de las reuniones mantenidas entre distintos obispos presididos por Sancha, resultaba el Congreso de la Buena Prensa celebrado en Sevilla en 1904, del que surgiría una agencia de información en Madrid y una asociación de escritores y artistas católicos.

Coincidiendo con sus últimos años de vida, en 1907 convocaba la primera Asamblea del episcopado español, el cual, después de varios intentos a lo largo del siglo XIX y en medio de una situación nacional del todo convulsa, logró reunirse para tratar proyectos comunes, sentando el precedente más importante de las futuras Conferencias de metropolitanos y de la actual Conferencia Episcopal Española.

Una nueva generación de obispos —más libre de ataduras políticas y de personalismos atávicos, y más afecta a la Santa Sede que a los gobiernos de turno— se abría camino en España. Todos los esfuerzos emprendidos por el Cardenal a lo largo de su dilatado ministerio episcopal —aderezados con no pocos sinsabores procedentes de sus hermanos en el episcopado—, por fin daban sus frutos.